

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: El primer viaje con los Renos (15/22)

Eran días felices para Claus cuando llevaba su acumulación de juguetes a los niños que tanto los habían esperado. Durante su encarcelamiento en el Valle había sido tan trabajador que todas sus estanterías estaban llenas de juguetes, y después de abastecer rápidamente a los pequeños que vivían cerca, vio que ahora debía extender sus viajes a campos más amplios.

Recordando el tiempo en que había viajado con Ak por todo el mundo, sabía que había niños por todas partes, y anhelaba hacer felices con sus regalos al mayor número posible.

Así que cargó un gran saco con toda clase de juguetes, se lo echó a la espalda para poder transportarlo con más facilidad y emprendió el viaje más largo de los que había emprendido hasta entonces.

Dondequiera que asomaba su alegre rostro, en aldeas o granjas, recibía una cordial bienvenida, pues su fama se había extendido a tierras lejanas. En cada aldea, los niños se arremolinaban a su alrededor, siguiendo sus pasos allá donde iba; y las mujeres le agradecían la alegría que traía a sus pequeños; y los hombres lo miraban con curiosidad por dedicar su tiempo a una

ocupación tan extraña como la fabricación de juguetes. Pero todos le sonreían y le dedicaban palabras amables, y Claus se sintió ampliamente recompensado por su largo viaje.

Cuando el saco estuvo vacío, regresó al Valle de la Risa y volvió a llenarlo hasta los topes. Esta vez siguió otro camino, hacia otra parte del país, y llevó la felicidad a muchos niños que nunca antes habían tenido un juguete ni se habían imaginado que existiera algo tan encantador.

Después de un tercer viaje, tan lejano que Claus recorrió la distancia a pie durante varios días, el almacén de juguetes se agotó y sin demora se dispuso a hacer un nuevo suministro.

Al ver a tantos niños y estudiar sus gustos, había adquirido varias ideas nuevas sobre los juguetes. Había descubierto que las muñecas eran el juguete más encantador para los bebés y las niñas, y a menudo las que no sabían decir "muñeca" pedían una en su dulce lenguaje infantil. Así que Claus decidió hacer muchas muñecas, de todos los tamaños, y vestirlas con ropa de colores vivos. A los niños mayores, e incluso a algunas niñas, les encantaban las imágenes de animales, así que siguió haciendo gatos, elefantes y caballos. Y muchos de los pequeños tenían naturaleza musical y ansiaban tambores, platillos, silbatos y cuernos. Así que hizo varios tambores de juguete, con pequeños palos para tocarlos, y silbatos de madera de sauce, cuernos de cañas del pantano y platillos de trozos de metal golpeado.

Todo esto lo mantuvo ocupado en su trabajo, y antes de que se diera cuenta llegó el invierno, con nieves más profundas de lo habitual, y supo que no podría abandonar el Valle con su pesada mochila. Además, el próximo viaje lo llevaría más lejos de casa que todos los anteriores, y Jack Escarcha era lo bastante travieso como para pellizcarle la nariz y las orejas si emprendía el largo viaje mientras reinaba el Rey Escarcha. El Rey Escarcha era el padre de Jack y nunca lo castigaba por sus travesuras.

Así que Claus permaneció en su banco de trabajo, pero silbaba y cantaba tan alegremente como siempre, pues no permitía que ninguna desilusión amargara su temperamento o lo hiciera infeliz.

Una brillante mañana miró por la ventana y vio dos ciervos, a quienes había conocido en el Bosque, que se acercaban a la casa.

Claus se sorprendió; no de que los amistosos ciervos lo visitaran, sino de que caminaran sobre la superficie de la nieve tan fácilmente como si fuera tierra firme, a pesar de que en todo el Valle la nieve tenía muchos metros de profundidad. Uno o dos días antes había salido de su casa y se había hundido hasta los codos en la nieve.

Así que cuando los ciervos se acercaron abrió la puerta y los llamó:

—¡Buenos días Sedoso! Dime cómo eres capaz de caminar sobre la nieve con tanta facilidad.

—Está helada —respondió Sedoso.

—El Rey Escarcha ha soplado sobre ella —dijo Lustroso, acercándose—, y la superficie es ahora tan sólida como el hielo.

—Tal vez —comentó Claus pensativo—, ahora podría llevar mi paquete de juguetes a los niños.

—¿Es un viaje largo? —preguntó Sedoso.

—Si; me tomará varios días, porque la mochila pesa mucho —respondió Claus.

—Entonces la nieve se derretirá antes de que regreses —dijo el ciervo—. Debes esperar la primavera, Claus. Claus suspiró.

—Si tuviera tus pies veloces —dijo—, podría hacer el viaje en un día.

—Pero no los tienes —respondió Lustroso, mirando con orgullo sus esbeltas piernas.

—Tal vez podría montar a tus espaldas —se aventuró a decir Claus, después de una pausa.

—Oh, no; nuestras espaldas no son lo bastante fuertes para soportar tu peso —dijo Sedoso decidido—. Pero si tuvieras un trineo y pudieras engancharnos a él, podríamos arrastrarte a ti y a tu mochila fácilmente.

—¡Haré un trineo! —exclamó Claus—. ¿Aceptan arrastrarme si lo hago?

—Bueno —respondió Sedoso—, primero debemos ir a pedir permiso a los Knooks, que son nuestros guardianes; pero si ellos consienten, y tú puedes hacer un trineo y un arnés, te ayudaremos con mucho gusto.

—¡Pues vayan en seguida! —gritó Claus ansioso—. Estoy seguro de que los amistosos Knooks darán su

consentimiento, y para cuando regresen, estaré listo para engancharlos a mi trineo.

Sedoso y Lustroso, que eran ciervos muy inteligentes, llevaban mucho tiempo deseando ver el gran mundo, así que corrieron alegremente sobre la nieve helada para preguntar a los Knooks si podían llevar a Claus en su viaje.

Mientras tanto, el juguetero se apresuró a construir un trineo con material de su pila de leña. Hizo dos largas correderas que giraban hacia arriba en los extremos delanteros, y a través de ellas clavó tablas cortas para hacer una plataforma. Pronto estuvo terminado, pero su aspecto era todo lo tosco que podía ser un trineo.

El arnés era más difícil de preparar, pero Claus trenzó cuerdas fuertes y las anudó para que se ajustaran al cuello de los ciervos, en forma de collar. De allí salían otras cuerdas para sujetar el ciervo a la parte delantera del trineo.

Antes de terminar el trabajo, Lustroso y Sedoso habían regresado del Bosque, pues Will Knook les había concedido permiso para hacer el viaje con Claus, siempre y cuando llegaran a Burzee al amanecer del día siguiente.

—No es mucho tiempo —dijo Sedoso—, pero somos rápidos y fuertes, y si nos ponemos en marcha esta tarde, podremos recorrer muchas millas durante la noche.

Claus decidió intentarlo, así que se apresuró a hacer los preparativos lo más rápido posible. Al cabo de un rato, ató los collares al cuello de sus corceles y los enganchó a su rudimentario trineo. Luego colocó un banquito sobre

la pequeña plataforma, para que le sirviera de asiento, y llenó un saco con sus juguetes más bonitos.

—¿Cómo piensas guiarnos? —preguntó Lustroso—. Nunca hemos salido del Bosque, salvo para visitar tu casa, así que no conocemos el camino.

Claus se lo pensó un momento. Entonces, trajo más cuerdas y ató dos de ellas a las astas extendidas de cada ciervo, una a la derecha y otra a la izquierda.

—Estas serán mis riendas —dijo Claus—, y cuando tire de ellas hacia la derecha o hacia la izquierda, deben ir en esa dirección. Si no tiro de las tiendas, sigan derecho.

—Muy bien —respondieron Lustroso y Sedoso; entonces preguntaron— ¿Estás listo?

Claus se sentó en el banquito, colocó el saco de juguetes a sus pies y recogió las tiendas. —¡Todo listo! —gritó—. ¡Allá vamos!



Los ciervos se inclinaron hacia delante, levantaron sus esbeltas extremidades y al instante siguiente el trineo voló sobre la nieve helada. La rapidez del movimiento sorprendió a Claus, pues en pocas zancadas habían cruzado el Valle y se deslizaban por la amplia llanura. Cuando partieron, el día se había convertido en tarde, pues Claus había trabajado con gran rapidez y había empleado muchas horas en los preparativos. Pero la luna brillaba para iluminarles el camino, y Claus pronto

decidió que era tan agradable viajar de noche como de día.

A los ciervos les gustaba más, pues, aunque deseaban ver algo del mundo, les daba miedo encontrarse con hombres, y ahora todos los habitantes de los pueblos y granjas estaban profundamente dormidos y no podían verlos.

Se alejaron a toda velocidad por las colinas, los valles y las llanuras, hasta que llegaron a una aldea en la que Claus no había estado nunca.

Allí les pidió que se detuvieran, y ellos obedecieron inmediatamente. Pero se presentaba una nueva dificultad, porque la gente había cerrado las puertas al acostarse, y Claus se encontró con que no podía entrar en las casas para dejar sus juguetes.

—Me temo, amigos míos, que hemos hecho el viaje en vano —dijo—, pues me veré obligado a llevar mis juguetes de vuelta a casa sin dárselos a los niños de este pueblo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sedoso.

—Las puertas están cerradas —contestó Claus—, y no puedo entrar.

Lustroso miró las casas a su alrededor. La nieve era bastante profunda en aquel pueblo, y justo delante de ellos había un tejado a sólo unos metros por encima del trineo. Una ancha chimenea, que a Lustroso le pareció lo bastante grande como para admitir a Claus, estaba en la cúspide del tejado.

—¿Por qué no bajas por esa chimenea? —preguntó Lustroso.

Claus la miró.

—Eso sería bastante fácil si estuviera en lo alto del tejado —respondió.

—Entonces agárrate fuerte y te llevaremos hasta allí —dijeron los ciervos, y dieron un salto hasta el tejado y aterrizaron junto a la gran chimenea.

—¡Bien! —gritó Claus, muy contento; y se echó el paquete de juguetes al hombro y se metió en la chimenea.

Había mucho hollín en los ladrillos, pero no le importó, y apoyando las manos y las rodillas en los costados se arrastró hacia abajo hasta llegar a la chimenea.

Saltando ligeramente sobre las brasas humeantes, se encontró en una gran sala de estar, donde ardía una tenue luz.

De esta sala salían dos puertas que conducían a cámaras más pequeñas. En una de ellas yacía dormida una mujer, con un bebé a su lado en una cuna.

Claus se rio, pero no lo hizo en voz alta por miedo a despertar al bebé. Luego sacó una gran muñeca de su mochila y la colocó en la cuna. El pequeño sonrió, como si soñara con el bonito juguete que encontraría al día siguiente, y Claus salió sigilosamente de la habitación y entró por la otra puerta.

Allí estaban los dos niños, profundamente dormidos y abrazados. Claus los miró con cariño un momento y luego colocó sobre la cama un tambor, dos cuernos y un elefante de madera.

No se demoró, ahora que su trabajo en esta casa había terminado, sino que volvió a subir por la chimenea y se sentó en su trineo.

—¿Pueden encontrar otra chimenea? —les preguntó a los ciervos.

—Fácilmente —respondieron Lustroso y Sedoso.

Bajaron corriendo hasta el borde del tejado, y luego, sin detenerse, saltaron por los aires hasta lo alto del siguiente edificio, donde había una enorme y antigua chimenea.

—No tardes tanto esta vez —dijo Sedoso—, o nunca volveremos al Bosque al amanecer.

Claus bajó también por esta chimenea y encontró a cinco niños durmiendo en la casa, a quienes les dejó rápidamente juguetes.

Cuando regresó, el ciervo saltó al tejado de al lado, pero al bajar por la chimenea no encontró a ningún niño. Sin embargo, esto no era frecuente en el pueblo, por lo que perdió menos tiempo del que cabría suponer visitando las tristes casas donde no había niños.

Cuando hubo bajado por las chimeneas de todas las casas de aquel pueblo, y hubo dejado un juguete para cada niño que dormía, Claus se dio cuenta de que su gran saco aún no estaba medio vacío.

—¡Adelante, amigos! —dijo a los ciervos—, debemos buscar otro pueblo.

Así que se pusieron en marcha, a pesar de que ya había pasado la medianoche, y en un tiempo sorprendentemente corto llegaron a una gran ciudad, la más grande que Claus había visitado desde que empezó a fabricar juguetes. Pero, sin amedrentarse por la multitud de casas, se puso a trabajar de inmediato y sus hermosos corceles lo llevaron rápidamente de un tejado

a otro; sólo los más altos estaban más allá de los saltos de los ágiles ciervos.

Por fin se agotó la provisión de juguetes y Claus se sentó en el trineo, con el saco vacío a sus pies, y volvió las cabezas de Lustroso y Sedoso hacia su casa.

Sedoso preguntó:

—¿Qué es esa raya gris en el cielo?

—Es la llegada del alba —respondió Claus, sorprendido de que fuera tan tarde.

—¡Santo cielo! —exclamó Lustroso—, entonces no llegaremos a casa al amanecer, y los Knooks nos castigarán y no nos dejarán venir nunca más.

—Debemos apresurarnos a llegar al Valle de la Risa y hacerlo lo mejor posible —respondió Sedoso—, ¡así que agárrate fuerte, amigo Claus!

Claus se aferró y al momento siguiente volaba tan rápido sobre la nieve que no podía ver los árboles mientras pasaban. Colina arriba y colina abajo, rápidos como una flecha lanzada con un arco; Claus cerró los ojos para que no le diera el viento y dejó que los ciervos encontraran su propio camino.

Le parecía que se precipitaban por el espacio, pero no tenía miedo. Los Knooks eran maestros severos, y había que obedecerlos a toda costa, y la raya gris en el cielo crecía más brillante a cada momento.

Finalmente, el trineo se detuvo de golpe y Claus, que estaba desprevenido, cayó de su asiento a un montón de nieve. Mientras se levantaba, oyó el grito del ciervo:

—¡Rápido, amigo, rápido! ¡Córtanos el arnés!

Sacó su cuchillo y cortó rápidamente las cuerdas; luego se secó la humedad de los ojos y miró a su alrededor. El trineo se había detenido en el Valle de la Risa, a pocos metros de su puerta. En el este estaba amaneciendo, y volviéndose hacia el borde del bosque de Burzee, vio a Lustroso y Sedoso desapareciendo en su interior.